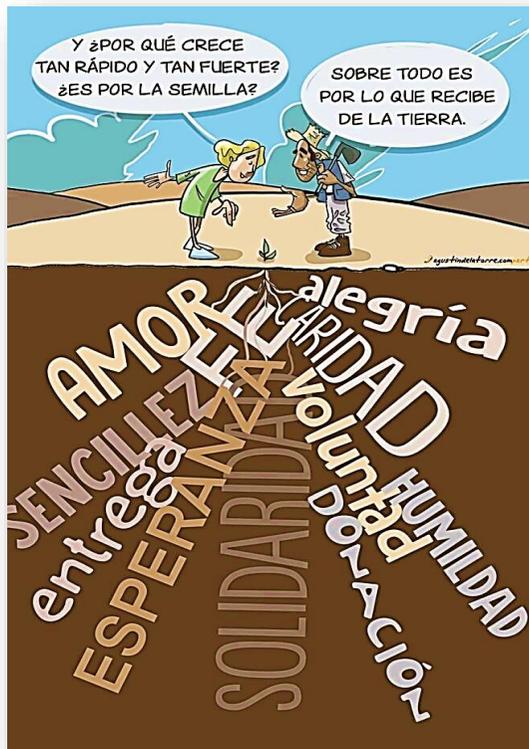


Frente a la queja crónica –convertida en hábito– necesitamos recuperar una sana ascesis de nuestras palabras. Nos tocará ser asertivos, sin duda; pero también con nosotros mismos y nuestras derivas. Vencerse a uno mismo exige aún el esfuerzo de callarse por momentos las críticas y las quejas. Esto no implica resignarse a ser espectadores ciegos, ni fingir que todo vale, que no hay verdad, ni bien, ni bondad. Tampoco es convencernos de que calladitos no molestamos y estamos más guapos. Ni renunciar a hablar las cosas con quien las pueda solucionar.

Hacer ascesis con nuestras palabras es ser lo suficientemente valientes –y fuertes, si se quiere– como para dejar que mueran dentro algunas quejas. Para renunciar a esparcir todo eso que nos enfría y nos apaga. Es callar por amor. Porque tal vez no hace falta decirlo todo.

Alberto Cano SJ



e-mail: [miscat.rs@arcor.de](mailto:miscat.rs@arcor.de) \* [www.miscatremwupp.de](http://www.miscatremwupp.de)

Tel.: 02191/668490

## Comunidad Católica de Lengua Española

Remscheid-Wuppertal-Wermelskirchen-Langfeld

Hoja 204 – 17.09.2023

### Evangelio según la Comunidad de San Mateo



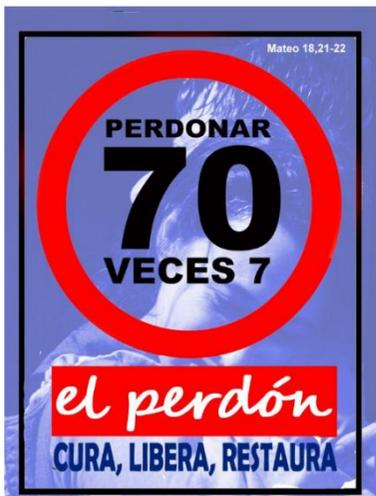
En aquel tiempo, se adelantó Pedro y preguntó a Jesús: "Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?" Jesús le contesta: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

Y a propósito de esto, el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo." El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero, al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: "Págame lo que me debes." El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré." Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: "¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?" Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda.

Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano."

Mateo 18,21-35

## Reflexión al Evangelio



Mateo se le ve preocupado por corregir los conflictos, disputas y enfrentamientos que pueden surgir en la comunidad de los seguidores de Jesús. Probablemente está escribiendo su evangelio en unos momentos en que, como se dice en su evangelio, «la caridad de la mayoría se está enfriando» (Mateo 24,12).

Por eso concreta con mucho detalle cómo se ha de actuar para extirpar el mal del interior de la comunidad, **respetando siempre a las personas**, buscando antes que nada «la corrección a solas», acudiendo al diálogo con «testigos», haciendo intervenir a la «comunidad» o separándose de quien puede hacer daño a los seguidores de Jesús.

Todo eso puede ser necesario, pero ¿cómo ha de actuar en concreto la persona ofendida? **¿Qué ha de hacer el discípulo de Jesús que desea seguir sus pasos** y colaborar con él abriendo caminos al reino de Dios, el reino de la misericordia y la justicia para todos?

Mateo no podía olvidar unas palabras de Jesús recogidas por un evangelio anterior al suyo. No eran fáciles de entender, pero **reflejaban lo que había en el corazón de Jesús**. Aunque hayan pasado veinte siglos, sus seguidores no hemos de rebajar su contenido.

**"¿No hay un límite para perdonar?"**

Pedro se acerca a Jesús. Como en otras ocasiones, lo hace representando al grupo de seguidores: «Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar?, ¿hasta siete veces?». **Su pregunta no es mezquina, sino enormemente generosa**. Le ha escuchado a Jesús sus parábolas sobre la misericordia de Dios. Conoce su capacidad de comprender, disculpar y perdonar. También él está dispuesto a perdonar «muchas veces», pero ¿no hay un límite?

La respuesta de Jesús es contundente: «No te digo siete veces, sino hasta setenta veces siete»: **has de perdonar siempre, en todo momento, de manera incondicional**. A lo largo de los siglos se ha querido rebajar de muchas maneras lo dicho por Jesús: «perdonar siempre, es perjudicial»; «da alicientes al ofensor»; «hay que exigirle primero arrepentimiento». Todo esto parece muy razonable, pero oculta y desfigura lo que pensaba y vivía Jesús.

Hay que volver a él. En su Iglesia hacen falta hombres y mujeres que estén **dispuestos a perdonar como él**, introduciendo entre nosotros su gesto de perdón en toda su gratuidad y grandeza. Es lo que mejor hace brillar en la Iglesia el rostro de Cristo.

*José Antonio Pagola*

## No hace falta decirlo todo

Se nos invita a expresar todo lo que llevamos dentro, a no guardarnos nada. Es bueno dejar claro lo que nos molesta de los demás. Porque si no, aquello que nos callemos se irá haciendo bola y acabaremos explotando. Porque merecemos que se sepa lo que pensamos. O porque ser sinceros parece convertirnos automáticamente en coherentes.

Es verdad, hay silencios que nos encierran y nos bloquean. Son los silencios que nacen del dolor o de la vergüenza. Y del temor a lo que puedan hacernos (o a lo que ya nos han hecho). Estos silencios han dañado a demasiada gente.

Sin embargo, ¿no sería también bueno callarnos de vez en cuando? Me refiero a acallar ciertas críticas que llevamos dentro: críticas a rivales, instituciones, compañeros, formas de entender la realidad, proyectos... Nuestro repertorio de críticas, aireadas cansinamente en la conversación y las redes sociales, que tan bien nos dejan porque lo equivocado —claro— suele estar fuera.

¿No son a menudo nuestras quejas tristes destilados de soberbia, por mucho que las maquilemos de análisis clarividentes, de lúcidos discursos o de palabras proféticas? ¿No terminan por esclavizarnos con redes y cadenas? ¿No se habrán apoderado ya de nuestra memoria, nuestro modo de pensar, sentir, desear, determinarnos, amar?

